

LA JORNADA VICTORIOSA DE TÚNEZ (1535-1536)

José FERNÁNDEZ GAYTÁN



L peligro que presentaba en el Mediterráneo la presencia de piratas turcos y berberiscos movió al César Carlos a buscar la alianza con el rey de Francia, Francisco I, quien, para no perder la costumbre, no sólo se negó a ello, sino que también avisó al sultán turco de la petición que el Rey de España le había hecho; pese a esta traición del monarca francés, contó siempre aquél, desde un principio, con la colaboración del Papa, Portugal, Sicilia, Nápoles y Génova. Barbarroja (1) había destronado al rey de Túnez, vasallo del rey de España, y es por esto por lo que el César Carlos considera necesaria y urgente la ocupación de dicha ciudad, empresa digna de su gloria y fama. Una vez decidido todo comenzaron a hacerse los preparativos, llevados a cabo con gran secreto. A principio del año 1535, avisaba el embajador, Martín de Salinas, al rey de romanos, que: «Toda esta corte está alborotada y afirman que S. M. quisiera pasar en la dicha armada. Yo por conjeturas creo que será verdad...».

Contaba el rey-emperador para llevar a cabo la empresa con la alianza del papa, Paulo III, «que sentía muy á lo vivo la cruzada contra el infiel», enviándole seis galeras, «y no más por la imposibilidad de surtir las de galeones», mandándole después veintidós naves y un «gran galeón» contaba también con ; la Orden de San Juan de Malta, a quien el César Carlos había cedido la isla de dicho nombre y Trípoli el año 1530; pero sobre todo fueron «sus reinos, y en particular Castilla, los que contribuyeron con hombres y dinero á potenciar la empresa».

(1) Los Barbarroja fueron dos hermanos; Horuc y Khair-Eddin, hijos de un alfarero griego, que pasó a vivir en Mitilene, tras haber sido conquistada por los turcos la isla de Lesbos. Al que aquí nos referimos es a Horuc, que empezó a adquirir fama pirateando en los Dardanelos. Se hizo mahometano antes de embarcar en un buque turco pirata, atacando las grandes galeras del Papa que transportaban objetos de gran valor desde Génova a Civita-Vechis; para apoderarse de una de ellas, vistió a sus «compinches» con los trajes de los vencidos; con una de las galeras apresadas se aproximó a la otra, llevando a la suya como remolque. Cuando los cristianos estaban confiados, les atacó, apoderándose también de la segunda galera. Sus «hazañas piráticas» las llevó a cabo ayudado muchas veces por su hermano Khair-Edin. Murió el año 1634.



Khair-Eddin Barbarroja.

En efecto, el día 20 de mayo de 1535, tras una misa de comunión en la basílica de Santa María del Mar de Barcelona, y una romería, asistiendo a ambas el rey-emperador, con el fin de impetrar de la Divina Providencia su ayuda para el buen éxito de la jornada, se concentró en este puerto, el día 30 de dicho mes, la Armada; se componía ésta de unas trescientas velas, embarcando el César Carlos en la galera real (2).

En la vista pasada en Barcelona, donde estaban concentradas las fuerzas peninsulares, se contaron hasta 1.500 caballeros, «desde el duque de Alba hasta el inmortal Garcilaso de la Vega»; además de éstos caballeros españoles, «lo más granado de la nobleza portuguesa», entre éstos el infante don Luis, hermano de la

emperatriz Isabel, a bordo de un «hermoso galeón» y de veinte carabelas, así como muchos caballeros y 2.000 soldados; después, Virginio Ursino, conde de Anguillera, al mando de doce galeras del papa; Aurelio Botigela, con cuatro de la Religión de San Juan de Malta; don Berenguer de Requesens, con diez de Sicilia; don García de Toledo, con seis de Nápoles; Antonio Doria, con cinco «que traía por asiento», y otras varias sueltas de caballeros que las habían armado a su costa, como fueron, entre otros, los príncipes de Sarleno y Visignano, así como don Hernando de Alarcón.

(2) El cronista Sandoval hace de ella la siguiente descripción:

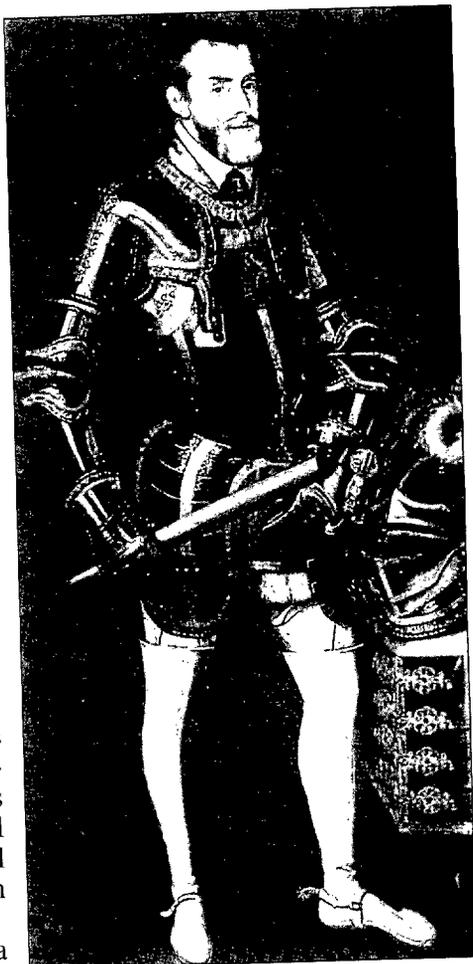
«Tenía esta embarcación 24 banderas de damasco con las armas imperiales por la borda; un pendón á media popa de tafetan carmesí que llevaba ocho piedras y treinta palmos en largo con un crucifijo de oro, y otros dos casi de su tamaño con sendos escudos de las armas del Emperador, y allí junto una gran bandera blanca de damasco, sembrada de llamas y cálices y aspas de San Andrés coloradas, con un letrero en latín (Salmo 4): *Arcum conteret et confriget arma: et scuta comburet igni*. Otras dos de damasco colorado del mismo tamaño con *Plus Ultra* alrededor de las columnas. Otra en la entena, de dos puntas, con una espada, escudo y celada, y la leyenda *Apprehende arma ete scutum et exurge inadiutorium mihi*. Otra en la gavia que llegaba al agua, con un ángel y el mote *Misit Dominus Angelum suum qui custodiat te in omnibus viis tuis*. Tres gallardetes, en los tres mástiles, de damasco colorado y mas de cinco varas de largo, con una estrella de oro, muchas llamas de fuego y letra *Notas fac mihi Domine vias luas*. La sala y cámara de popa estaban guarnecidas de tela de plata, foro y brocado de tres altos, colgaduras de raso y damasco de diversas labores, todo rico.»

La llegada de Andrea Doria, con 16 galeras, fue un acontecimiento, principalmente por la vista de la galera imperial, que traía «un magnífico vaso esculpido, dorado, dispuesto como para morada del César»; tenía ésta ventiséis bancos, bogando cuatro con cuatro remos en cada uno, de forma que, «dejando en claro los del fogón y el copano ó esquife», venían a ser ciento noventa los que la impulsaban. Arbolaba a popa el estandarte de «raso carmesí, con un Crucifijo bordado y á ambos lados la efigie de la Virgen María y del evangelista San Juan; en los palos y antenas otras banderas de tela», de oro con las armas imperiales.

Tocaban trompetas y clarines, chirimías y atambores», y tras las salvas de ordenanza, saludaba la «gente á la voz, gritando tres veces ¡Imperio imperio imperio!».

Sucesivamente fondearon las naos de Cantabria; sesenta arcas de Flandes, las de la escuadra de Málaga, las preparadas especialmente para el embarque de caballos, todo lo cual daba a la ciudad y al puerto una gran animación.

Pasó el César Carlos una revista solemne a las tropas, y habiendo hecho una devota visita a la Virgen de Montserrat y «comulgado en Santa María del Mar», embarcó en la galera imperial, el día 30 de mayo de 1535, publicando un bando «con órdenes para el viaje», entre las cuales una de ellas ordenaba que «hubiera treguas entre todas las personas enemistadas por el término de la jornada», quedando unos y otros bajo el amparo real; en otras «prohibía en absoluto el embarco de mujeres» (3).



Carlos I de España y V de Alemania. (Pantoja de la Cruz. Copia de un original de Tiziano. Monasterio de El Escorial).

(3) Pese a esta prohibición «aparecieron en Túnez más de 4.000 enamoradas», según dice el cronista Sandoval.



Desembarco en Túnez en 1535. A la derecha, una lancha de desembarco enarbola la bandera española con la cruz de Borgoña. (cuadro de Cornelio Vermuyen para la confección de tapices).

Arribó la Armada a Mahón el día 3 de junio «forzada por una tramontana», y después al puerto de Cagliari, en Cerdeña, el día 12, agregándosele en éste las naos de Nápoles.

Después de pasada muestra general, se contaron setenta y cuatro galeas y treinta galeotas y fustas, es decir, «más de cien embarcaciones de remo»; en cuanto a las de vela, entre grandes y menores, eran aproximadamente unas trecientas, siendo los soldados de infantería 25.000, los de caballería, 2.000, y unos 800 hombres de armas, sin contar con los «señores con sus criados, los aventureros, ni las gentes de mar».

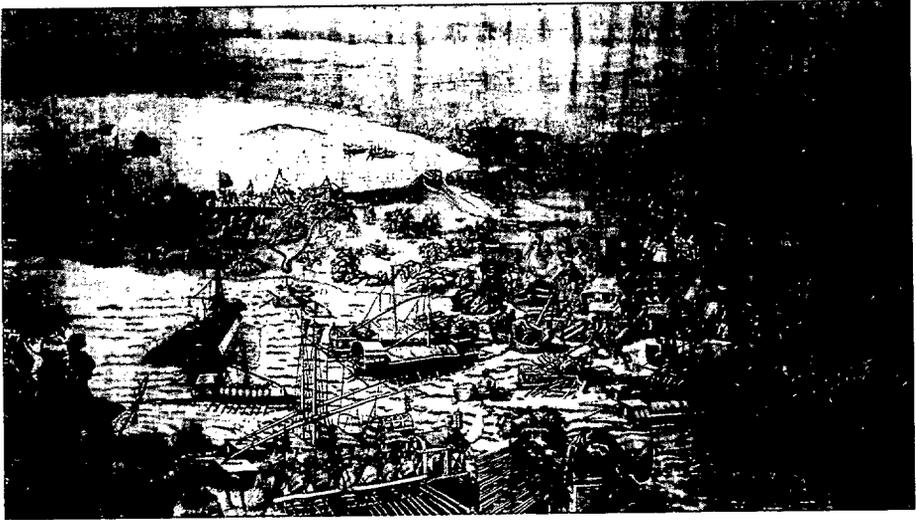
Pasó la Armada imperial de Porto Farina «á surgir en el golfo de Túnez, á tres millas de distancia de La Gole-

ta», desembarcando allí las tropas y caballos sin encontrar resistencia, avanzando a fin de preparar el asedio formal; cubriendo las galeas el flanco y la retaguardia del ejército, «rodeado por una nube de caballos númeradas», batiendo las torres del agua, así como los muros de la fortaleza principal, a la que daban el costado los galeones, «el de Portugal á la cabeza», mientras que los soldados con palas y azadones construían trincheras y las baterías.

Se hallaba defendida la posición por Solimán Arráez, el *Judío*, que con «vigorosas salidas» entorpecía los trabajos de los sitiadores, costando muchas vidas «de buenos capitanes y de tres generales»; fueron éstos el marqués de Final, Marco Antonio Carreto, familiar de Doria; el conde de Sarno, «que se había distinguido en Corón», y Gerónimo Espínola, antes de que abiertas las brechas se hubiera podido emprender el asalto, tanto por mar como por tierra; fue éste el día 14 de julio, veintiocho días después de haber desembarcado.

Antes de efectuar el asalto, el César Carlos arengó a las tropas diciéndoles: «Hermanos, hoy es el día que yo he deseado mucho ha para vosotros y para que me veáis. Yo espero que lo haréis como soléis y habéis hecho otras veces, y muy mejor, pues lo otro era en mi servicio y esto es el de Dios», y colocándose al frente «de su gente de á caballo de su casa», con sus gentiles hombres y dos capitanes de su guardia, caminó hacia el enemigo, quien disparó su artillería sin que ésta recibiera mucho daño; a estos disparos contestó la del rey-emperador, obligando al enemigo a retirarse.

En cuanto a las bajas, fueron éstas de unos 2.000 turcos, muertos casi todos en la retirada que emprendieron después que se ocupó la fortaleza.



Galeras españolas en la jornada de Túnez. Tapiz de «La conquista de Túnez». (Palacio Real. Madrid).

Buen botín se obtuvo, fue éste: «más de trescientas piezas de artillería, muchas de bronce, y de ellas algunas de 60 libras de bala marcadas con flores de lis ó con una salamandra entre llamas y el mote *Nutrisco et explinguo*, que acreditaban la procedencia del Rey de Francia»; también los asaltantes se apoderaron de la flota «abrigada en la dársena», que serían unas «cien naves de toda especie», cuarenta y dos galeras «muy buenas», entre éstas la capitana de Barbarroja y la que fue de Portuondo (4), capturadas por Heydin *Cashidiablo* (*Cachadiablo*).

Durante el cerco no cesaron las comunicaciones de los barcos con España y con Sicilia, siendo llevados los enfermos y los heridos, que fueron reemplazados, así como los bastimentos, de forma que en realidad «hubo siempre abundancia».

No economizaron los *mareantes* «su trabajo en el cerco», lanzando sobre el enemigo gran número de proyectiles, recibiendo algunas galeras «tiros mortíferos de enfilada», consiguiendo Doria escapar milagrosamente «de uno», y siendo también entre otros herido don Álvaro de Bazán.

Mucho sintió Barbarroja la pérdida de su flota, pensando, sin embargo, que con esta pérdida quedarían los cristianos satisfechos; se equivocó, pese a que contaba con la dificultad del desplazamiento de las tropas debido a los rigores del verano, por lo que se vio obligado a defenderse, contando con unos 80.000 hombres de infantería y 25.000 de caballería, que, como se ha visto, fueron derrotados en el primer encuentro, obligados a encerrarse en la plaza de Túnez.

Noticiosos los cautivos de esta derrota, «rompieron las prisiones sobrepo-



Andrea Doria, príncipe de Melfi, general de las armadas de Carlos V.

niéndose á la guarnición, y asestaron los cañones contra las huestes de Barbarroja desbandada», huyendo éste, «seguido de los turcos», acompañándole también Sinán y *Cachidiablo*, quien al poco tiempo murió a consecuencia de las heridas recibidas.

Fue el día 21 de julio una gran victoria para la cristiandad, y en la que 20.000 cautivos cristianos recobraron la libertad.

Persiguiendo a Barbarroja se enviaron quince galeras de Génova, del mando de Joanetín Doria, sobrino de Andrea Doria, y por Adán Centurión, «capitán de crédito»; al arribar a Bona, observaron que el corsario contaba con otras quince, puestas en orden de batalla, protegidas por un baluarte artillado, por lo que no se atrevieron a atacarlo, operación que causó un gran disgusto al capitán general de la mar, ya que consideró

perdida una ocasión que muy difícilmente se volvería a presentar. En vista de lo cual salió con 40 galeras, pero ya era tarde, puesto que Barbarroja había salido rumbo a Argel, atacando para desquitarse a Bona, a la que tomó, dejando en ella una guarnición en el castillo, aunque por poco tiempo, puesto que enseguida fue retirada de allí.

Túnez fue entregada por el César Carlos al rey destituido, Muley Hassán, aunque con «ciertas condiciones de vasallaje», y la de ceder La Goleta, donde se instalaría «un presidio de los españoles á su costa», como llave que era del reino.

Don Carlos tenía la intención de continuar la empresa, arrasando primero «la madriguera de Argel» y después ir sobre Túnez y ocuparla, como así fue (4).

En efecto, «S. M. entró en la ciudad... entrando... en el castillo fue tanta la grito de los cautivos que era cosa maravillosa, porque habían seis ó siete mil cristianos, sin los de la ciudad que serían diez ó once mil, y entre ellos muchas personas de rescate, de ellos en poder de Barbarroja, de ellos en el de los

(4) Rodrigo de Portuondo fue vencido en aguas de Ibiza por Haydin *Cachidiablo* (25-10-1529), combate en el que perdió la vida, así como seis galeras en las cuales iban los cautivos franceses.

moros de la tierra». Fuerte fue el saqueo, no consintiendo «S. M. que á los cautivos se les quitase nada de lo que habían habido; pues Dios les había dado libertad, no quería que perdiese cosa de lo que ella les había dado». Pasó el rey-emperador al castillo, donde «en su aposento aparte, estaban las mujeres del rey de Túnez, cautivadas por Barbarroja, eran «la mayor parte de ellas negras»; también fueron liberados «unos cautivos franceses... los cuales serían ciento, y entre ellos catorce criados del Delfín de Francia». «Juntados estos S. M. les habló y les dijo: que aunque el Rey de Francia estando con él ponerlos á ellos en las suyas, que no quería, sino que pues Dios les habían dado libertad, que él se la daba y les ayudaría á pasar en sus tierras más que dijese á su Rey que cuando él le pedía los criados del Delfín, que no pudo dárselos porque los tenía Barbarroja», cosa que prometieron hacer, «afirmando que S. M. tenía razón de tratarlos como decía; mas que tuviese piedad de ellos que no tenían culpa S. M. les conformó en lo que primero les dijo, y ellos se echaron á el suelo á besarle el pie, y levantáronse diciendo IMPERIO».

Encontraron también en el castillo alguna artillería, pólvora, «cosa maravillosa», bizcocho «infinito» y mucha munición, así como joyas y otras cosas de gran valor; también mucha ropa de los capitanes y del propio Barbarroja, «del cual S. M. no quiso para sí sino las más preciada que fué la honra de la victoria. Y así fue el día de Santiago á oír misa á San Francisco en el arrabal de los cristianos que allí había, y á dar gracias á Dios por la victoria y por la honra que allí ganó».

En cuanto a los prisioneros, pasaron de 20.000, siendo muy pocos los que se salvaron con Barbarroja, porque aún fueron muchos los que huyeron, «la sed los mató que toda aquella campaña de Túnez hasta el río de Biserta no tiene agua».

Digamos, como final, que el César Carlos «se salió con la suya», ya que acertó al decir: «Quedaré muerto en África o entraré vencedor en Túnez».

